

noche durmió, porque todos viesen que aunque aquellos caballeros de la montaña Defendida allí la prendieron, que no solamente tuvieron por bien de la dejar libre, siendo una princesa tan alta, mas tomar cosa ninguna de sus riquezas, que eran tan preciadas, quisieron; que apenas otros tales se hallarian en el mundo, y que fuese ejemplo á los sus paganos, que antes á la virtud y nobleza que á la mala cobdicia y crueldad se moviesen. Pues habiendo ya pasado un gran trecho de la fuente, encontró en el camino muchos caballeros que venian á gran prisa, corriendo por el campo en el socorro della, y el Infante, su marido, con ellos, muy turbado, que todo lo mas del dia antes anduvieron perdidos, creyendo que á la montaña Defendida la habian llevado, no teniendo en la memoria y pensamiento lo de la villa de Alfarin; y como no hallaron rastro alguno, tornaron á la buscar donde la batalla fué, y llegaban allí al tiempo que ois; y cuando fué vista por ellos, espantáronse cómo pudo ser tan gran maravilla, y mucho mas cuando la vieron acompañada de tanta gente de diversas maneras, y estuvieron quedos, porque ella se lo mandó. En esto llegó el Infante, y como la vió, dijo: «Señora, ¿qué ha sido de tí?» Dijo ella: «Mi marido y mi señor, muy mal y muy bien; que estas dos cosas me mostró la fortuna en un momento.»

Entonces le contó todo lo acontecido hasta ser puesta en su presencia. «Oh dioses, dijo el Infante, qué dos maravillas oigo! la una ser tú libre con todo lo que traes, siendo persona tan señalada en todo el mundo, y tomada por presa de aquellos descreidos; y la otra, que por fuerza de armas se tomase la mi fuerte villa de Alfarin. Ahora te digo, mi señora, que no sé á qué parte me eche esta templanza de los nuestros dioses, que por la una parte me amenazan de perder todo mi señorío, y por la otra me consuelan en me guardar la cosa del mundo que yo mas amo, teniéndola perdida en poder de mis enemigos; y pues que su voluntad está dudosa, el mi esfuerzo y diligencia la harán determinar en mi favor; y no contra estos que la villa de Alfarin me tomaron, porque la venganza seria muy poca, aunque al Rey mi señor me tengan preso; mas contra aquel malo, perjuro, emperador de Constantinopla, que quebrándonos las treguas, ha sido causa de todo mi mal; y yo juro por aquel gran Júpiter, y por el muy poderoso Mars, dios de las batallas, que nunca huelgue ni sea mi corazón reposado hasta que tantas gentes cuantas arenas la gran mar tiene le ponga sobre aquella su ciudad de Constantinopla, y dentro de su palacio le saque preso por sus blancos cabellos; y esto así hecho, yo tomaré estos tres caballeros á merced, y tú, mi señora, habiendo piedad dellos, en pago de tan señalado servicio como te hicieron, los dejarás libres, porque conozcan mi gran poder y tu mucha magnanimidad.» Y con esto se tornó á la gran ciudad de Tesifanté, donde salió.

Mas la historia no hará por ahora dellomas mencion, hasta su tiempo, en que os será recontada una tan gran maravilla de ayuntamiento de gentes, que todo el mundo hicieron temblar. Y contarse os ha lo que aquellos caballeros que en la villa de Alfarin estaban acordaron, así para su defensa della, como para proseguir su

propósito, el cual era matar y destruir aquellos malos y muy perversos paganos, enemigos del Redentor del mundo.

## CAPITULO LXXVIII.

Cómo Castiles, ya despedido  
De aquel que por armas ganó la montaña,  
Viendo una fusta del rey de Bretaña  
Venir por la mar, está detenido;  
La cual, desde que hubo mejor conocido,  
Alza sus velas al viento que sopla,  
Y arriba en el puerto de Constantinopla,  
Do cuenta las cosas que le han azeuido.

Siendo pues ganada aquella muy fuerte villa de Alfarin, gran puerto de mar, como os contamos, por Esplandian y sus compañeros, y por Castiles, sobrino del emperador de Constantinopla, mandaron luego poner gente por las torres, y recaudo en el despojo, que fué muy grande, así de oro como de plata y otras muy ricas y preciadas joyas; porque como aquella villa fuese muy gran puerto de mar, y tan recia en sí, que á lo restante de las comarcas no temiese, vivian en ella muchos ricos mercaderes; y porque era lugar muy apacible, de grandes arboledas, de muchas frutas de todas maneras, y fuentes de aguas muy sabrosas, habíase dél contentado mucho aquella princesa Heliaja, y el rey Armato, su suegro, se lo dió para en que ella y su marido estuviesen y holgasen mientras que él vivia y el señorío de Persia pudiese gobernar; y cuando él fué preso, como ya os dijimos, allí estaban entrambos; y el Infante, como supo lo del padre, salió por el reino para le asegurar, y dejó allí á su mujer; y ahora enviando por ella que á Tesifante se fuese, y queriendo él enviar gente á la villa, y muy gran flota por la mar, para guerrear al Emperador, guiólo la fortuna por otra manera, como oistes, y por esta causa no se halló á la sazón del combate en ella sino muy poca gente que del ejercicio de las armas supiesen, por donde no fué tan cara de tomar; y como quiera que Esplandian hizo lo que se ha dicho, y los otros caballeros con él, en lo del combate no se debe dar la gloria dello sino á aquel fuerte Frandalo, que por el cuidado suyo en saber por Belleriz, su sobrino, el poco recaudo de la villa, dió gran prisa á los caballeros que la acometiesen, por donde se ganó.

Esto hecho así, Castiles dijo á Esplandian y á aquellos caballeros: «Mis buenos señores, yo me he tardado, por vuestro amor, mas tiempo de lo que me fué mandado; mas plega á Dios que de tales yerros como estos, sacando tal fruto, haga yo muchos; ahora yo acuerdo de me volver, y porque, segun va el negocio, creído tengo que lo tomará el Emperador de manera, que presto nos tornaremos á juntar; por eso ved lo que de mi flota quereis, así gente como bastimento; que todo lo que en mí fuere, luego será cumplido.» Esplandian le respondió: «Mi señor Castiles, en todo lo que vos habeis hecho, de nuestro Señor Dios habréis las gracias, que no de nosotros, que no las podemos dar segun vuestro merecimiento; y porque así como vos, nosotros nos tenemos por servidores del Emperador y por de su casa, teniendo por suyo y para su servicio todo aquello que se ganare; y con esta confianza quiero yo, mi buen señor, hablaros mas largo, como ahora oiréis, aunque

haya venido algo dello á vuestra noticia: Sabréis cómo al tiempo que yo fui armado caballero, mi padre Amadis me mandó que le quitase una palabra que él dejó empeñada en poder de la infanta Leonorina, pues que él no la podía cumplir, y esto fuese en ser yo su caballero para la servir en aquello que me fuese por su parte mandado; y cuando la presencia de mi padre fué partida por tan extraña manera como ya sabeis, así la fortuna como la sabiduría de Urganda me guieron donde, sacando de la prision al rey Lisuarte, mi abuelo y mi señor, gané la montaña Defendida, que habeis visto; y porque aquella se ganó con mi sola persona, la cual está sujeta á la infanta Leonorina, como dije, siendo yo su caballero, y despues con mis amigos prendi al rey pagano, de que, con su consentimiento dellos, puedo disponer, acuerdo de se lo dar todo en servicio, pues que en su servicio se ganó; y desto vos, mi señor, me haced saber su voluntad, porque aquella luego será cumplida; y en esto desta villa, donde todos hemos entretenido, mas por suya del Emperador que de otro ninguno la debemos tener; y yo así lo tengo, y vos ofrecédselo así, llevándole todas las ricas joyas que en ella se hallan, que, segun nos dicen, son en muy gran número, porque son suyas, y á nosotros no hacen menester otras perlas, ni piedras, ni plata, ni oro, sino estas armas que vestimos, y nos fueron dadas para las emplear, no donde nuestra voluntad las guiare, mas donde sea servido aquel que todo el mundo tiene en su mano; y lo que se hallare de vianda guardaremos, con que las vidas y la villa podamos sostener; y ruégovos yo, mi buen señor, que tanto que el Emperador sepa de vos las grandes proezas del muy fuerte Frandalo y la gran lealtad suya, que de nuestra parte le roguéis que sea la su merced en le hacer merced desta villa, ahora por suya, ahora en tenencia; que como su vasallo la terná.—Yo diré, dijo Castiles, todo lo que vos place que diga, y bien creo yo que así como lo pedis verná en efecto.» Y abrazando á Esplandian riendo, dijo: «Y en esto que á la Infanta mi prima ofrecéis, aconsejarla he yo que lo tome, y deje la montaña á condicion que su alcaide os nombreis, porque ella tenga lo que no puede alcanzar ninguno de cuantos hoy son nacidos.»

Esplandian, que muy alegre estaba en oír mentar á aquella de quien su corazón sujeto y captivo era, le dijo: «Pues estos que decis, segun la grande alteza y hermosura de aquella princesa, debrian ser sus sujetos, no es mucho que sea yo su alcaide y su caballero, pues que así me fué mandado.» Entonces mandó á Gandalin, que le tenia por muy leal y buen caballero, que recogiese en sí todas las mas ricas joyas que en la villa se hallasen, y las pusiese en la nave de Castiles, y asimismo él y Lasindo supiesen el bastimento que se hallaria para la gente, y si no fuese tan cumplido, que tomasen de la flota de Castiles todo lo que buenamente se pudiese sacar; pero esto fué excusado, que en la villa se halló tanto, que para la gente que allí quedase abastaria para un año y mas; pero las joyas fueron en tan gran número, que Castiles, que en su nave las vió, mucho de las ver fué maravillado. Pues ya él, despedido de Esplandian y de todos aquellos caballeros, queriendo entrar en las naves, fué avisado de los hombres

que en ellas estaban cómo de la via de la montaña Defendida venia, á su parecer, una muy gran fusta, y acordó de esperar, que no podia pensar de quién fuese; pues que por temor de su flota, toda la mar con gran pieza al derredor era barrida de naves, que por ella no osaban andar. Pues pasando cuanto una hora, llegó la gran nave, en la cual venian estos caballeros que oiréis: Palomir, Branfil, Elian el Lozano, Gavarte de Val Temeroso, y Bravor, hijo del gigante Balan, que ya el rey Amadis habia hecho con grande honra caballero; y asimismo venia ahí Imosil de Borgoña, y Ledaderin de Fajarque, y Listoran de la Torre Blanca, y Trion, primo de la hermosa reina Briolanja, y Tantáles el Orguloso, y Guil el Bueno y Preciado, Grovadan (1), hermano de Angriote de Estravaus, y dos hijos de Isanjo, el gobernador de la ínsula Firme, mañebos que á la sazón comenzaban á ser caballeros; y otros muchos, que por la prolijidad de la escritura se dejarán de contar, aunque muy preciados en armas eran; que estos todos de una voluntad, sabiendo el santo propósito de Esplandian, y cómo andaba envuelto con los turcos, y porque ya en la Gran Bretaña todas las aventuras cesaban, como cosas que no pertenecian mucho á la salvacion de sus ánimas, teniéndolas en comparacion de las que Esplandian hacia por una grande y vana locura, acordaron de se meter en aquella grande y hermosa fusta, que el rey Amadis les mandó dar, que en el gran puerto de la ínsula Firme tenia con otras muchas; y pasarse á la montaña Defendida á servir á Dios y ayudar á aquel caballero que mucho amaban; y cuando á la montaña llegaron, supieron de Libeo que Esplandian con toda la gente, por la mar y por la tierra, era ido á combatir la villa de Alfarin, y ellos, con este aviso, llevaron su gran nave siempre á costa, por no errar, con mucho deseo de se hallar en las afrentas y peligros que aquellos caballeros se hallaran. Mas cuando fueron sabedores cómo ya la villa era tomada, dieron muchas gracias á Dios, que pues ya la cosa en tal estado estaba, que no les faltarian otras afrentas donde su buen propósito y santo deseo ejecutado fuese. La fusta llegó al puerto, y todos aquellos caballeros, armados de muy ricas y hermosas armas, y traian en ella muchos caballos escogidos, creyendo que mas en aquella tierra que en las suyas los habrian menester.

Quando Esplandian y Norandel y sus compañeros supieron su venida y quién eran, ¿quién os podrá contar el gran placer que en sus ánimos les ocurrió? Y como quiera que todos ellos heridos estuviesen, y remediados por el gran maestro Elisabat, no pudo él tanto con ellos, que no se levantasen de los lechos, y medio vestidos no fuesen á recibir aquellos tan amigos suyos, y halláronlos salidos en tierra, que ya se venian con Castiles á los ver; allí se fueron á abrazar los unos á los otros, cayendo de sus ojos lágrimas de placer en grande abundancia, esforzándose todos en se ver juntos, tanto, que no les siendo el poderoso Señor airado, no tenían en mucho ninguna afrenta que venir les pudiese. Y luego fueron aposentados en muy buenas casas, que asaz habia dellas en la villa; pero antes que se desarmasen,

(1) Notándose en este lugar alguna variedad en la escritura de los nombres propios, los hemos puesto como se hallan en el Amadis.

tuvo Esplandian por bien que viesen y hablasen á Frandalo, que peor herido que todos estaba, tanto, que no se pudo del lecho levantar; así por le dar la honra que merecía, como porque él viese tantos y tan preciados caballeros, y tomase esfuerzo para los poner en aquellos lugares en que Dios servido fuese; y cuando estos caballeros entraron donde Frandalo estaba, siendo ya avisados de quién era y las grandes cosas que había hecho, llegaron todos á la cámara, y cercáronle en derredor, y dijéronle: «Noble y esforzado caballero, muchas gracias damos á Dios porque nos trajo á estas partes donde vos pudiésemos ver, y gozar en saber las grandes cosas que por vos han pasado y pasarán de aquí adelante, si la merced de Dios fuere; por ende, buen señor, cuando tiempo fuere, guiadnos á aquellas cosas que deseamos contra estos infieles; que despues de Esplandian, todos serémos debajo de vuestra mano.»

## CAPITULO LXXIX.

Del sobrado placer que el fuerte Frandalo recibió con los caballeros de la Gran Bretaña que á la cama le fueron á ver, y de las gracias que por ello les dió.

Cuando Frandalo vido tal compañía de caballeros, con tales armas, en tal edad, tan bien hechos y tallados, maravillado fué, y en mucho mas que antes tuvo á Esplandian, pues que de tan léjos tales hombres le venían á buscar; pero dijoles: «Mis buenos señores, mucho os agradezco la crecida honra que me dáis, y como lo pedis, yo así lo haré; y quiero que de mí sepais que, como quiera que yo haya visto muchos caballeros, nunca vi compañía tal como la vuestra y de que tanto me maravillase; mas habiendo yo visto á Esplandian, mi señor y verdadero amigo, y sus grandes proezas, todo lo restante que toca en caballería no pone en mi ánimo ninguna alteracion de miedo ni de leite.» Esplandian, que con vergüenza estaba en verse tanto loar, dijo: «Mi buen amigo, si yo algo he hecho que bueno parezca, vos fuistes, despues de Dios, la causa, y de vuestro grande esfuerzo redundó todo, y á vos dejo yo la honra y la gloria dello. Y porque estos caballeros habrán menester de holgar, segun el trabajo que hasta llegar aquí han sufrido, quiérolos poner en sus posadas, donde descansen, hasta que seais en disposicion de los guiar, como os piden; que sin vuestro acuerdó no sería buen seso que por esta tierra nos desmandásemos, hasta que la hayamos mas usado y tratado.» Entonces se salió fuera, y todos con él, y se fueron á sus posadas, y los heridos á sus lechos; que bien les hacía menester. Y agora se cesará de contar dellos, y hablarse ha de Gastiles, cómo llegó á Constantinopla, y el placer que el Emperador y todos hubieron con él.

## CAPITULO LXXX.

Cómo Gastiles cuenta por órden al Emperador las grandes aventuras que á Esplandian y al fuerte Frandalo antes que él llegase, y despues á él con ellos les habian acaecido, y de la áspera respuesta que la infanta Leonorina, fingida, da á la justa demanda de Esplandian, mandando á Gastiles que se lo escriba.

Gastiles llegó con toda su flota, sin impedimento alguno, á Constantinopla; y como lo supo el Emperador, cabalgó con gran compañía de muy altos hombres para

lo ver; que mucho deseo tenia de ser avisado de lo que había hecho, y del estado en que la montaña que lababa, que la tenia por una de las señaladas cosas del mundo, y segun la grandeza del rey Armato, que la había cercado, creido tenia que el socorro se haria con dificultad; y yendo así por la calle hácia la mar, vió venir á Gastiles, su sobrino, con mucha compañía á pié, que ya de las naves habían salido, y estuvo quedo; y Gastiles llegó y besóle las manos, y dijole: «Señor, Esplandian y Frandalo, y los dos caballeros que de aquí fueron, y otros muchos y muy señalados caballeros de la Gran Bretaña y de otras tierras os besan las manos, como aquellos que en todo os han de servir.» Y lo mas desto, si vuestra voluntad fuere, contarle he ante la Emperatriz mi señora y Leonorina, y oiréis cosas extrañas y de gran placer, en acrecentamiento de vuestro estado; que Dios por milagro envió aquel caballero á que os sirviese.» El Emperador dijo: «Buen sobrino, bien sabia yo que enviando tan buen hombre como vos sois, buena nueva me vernia; y así se haga como lo pedis.»

Entonces se tornó, y mandó dar á Gastiles un palafren en que cabalgase, y llegado á sus palacios, entróse al aposento de la Emperatriz, y todos aquellos grandes señores, y otros muchos con él, con gran voluntad de saber lo que Gastiles traia, y mandó venir allí el Emperador á su hija Leonorina y á la reina Menoresa, con otras señoras de alto linaje, que la acompañaban; que siendo la Emperatriz ya de dias y muy retraida, no entendia en otra cosa sino en rezar sus horas, y todas las dueñas y doncellas estaban con Leonorina en su aposento. Dijo el Emperador á Gastiles que contase todo lo que le aconteció despues que de allí partió. Gastiles dijo: «Señor, partí con aquella flota, por vuestro mandado, en socorro de la montaña Defendida, y por mucho que la fortuna con próspero viento me fué favorable, cuando allá llegado fui, ya Esplandian había desbaratado lo mas de la flota del rey Armato con su fusta de la Gran Serpiente y con las naves del fuerte Frandalo, que allí maravillas hizo; y asimismo hallé preso dentro en el alcázar al rey Armato;» y contó la forma que Esplandian había tenido para lo prender, y la destruccion que en los turcos hizo en aquella sazón, y cómo los hizo desamparar toda la montaña. Y asimismo contó cómo vido al rey Armato, y las razones que con él pasó, y cómo, á ruego de Esplandian, se detuvo, que fué causa de se combatir y tomar la fuerte villa de Alfarin. Finalmente, le dijo todo lo que pasó, con la prision y deliberacion de la infanta Heliaja, y cómo llegaron al tiempo que él se quería partir los caballeros de la gran Bretaña, los cuales nombró por sus nombres, que él muy bien conocia; y despues, volviéndose hácia la infanta Leonorina, le dijo: «Mi señora, aquel vuestro caballero tan hermoso vos manda besar vuestras manos, y vos envia decir por mí que desde aquella hora que Amadis, su padre, le mandó que en su lugar os sirviese, se tiene por vuestro, y que todas las cosas que él hiciere serán atribuidas á vuestro servicio; y que, pues él con sola su persona ganó la montaña Defendida, y despues prendió al rey Armato de Persia, del cual es su voluntad de disponer, y esto se

ganó en vuestro nombre, que lo mandéis tomar y hacer dello como de cosa vuestra, y así os entregará todo lo que Dios le diere á ganar en esta demanda en que puesto está. En lo que toca á la villa de Alfarin, dice á vos, señor Emperador, que se ganó con vuestra gente, y con él y con sus amigos, que son todos vuestros; que así la villa como todas las otras riquezas que en ella se hubieron son vuestras, para mandar hacer dellas lo que la vuestra merced fuere, y allí vos traigo tantas joyas y tan preciadas, que si acá no las tuviédes en tan grande abundancia, de mucho precio vos parecerian, y así creo que vos parecerán, segun el gran valor dellas. Y lo que á lo de la villa toca, suplicoo, Señor, que pues el fuerte Frandalo ha salido tan leal y tan firme en esta santa ley de Jesucristo, que si á vuestro servicio fuere, le haga merced della, ó por suya ó en tenencia, como mas le pluguiere.»

Oido esto por el Emperador, dijo: «Buen sobrino, mucho me habeis alegrado de todo lo que me habeis dicho, y doy muchas gracias á Dios de lo que ha pasado; solamente me pesa de haberme traído las joyas que decis, porque, segun con el peligro que se ganaron, á esos caballeros les convenian mas que á mí; porque no me dió Dios tan grande alteza para tomar, sino para hacer mercedes, como se las haré; que si de otra manera fuese, reputado me sería á gran codicia desmesurada, de que los príncipes y grandes señores mucho y con gran cuidado se deben guardar y resistirlo fuertemente al comienzo, porque si dan lugar á sus muy codiciosos apetitos, como no tengan cabo, y siempre con mayor sed sean encendidos, cuanto mas los pensaren tener llenos, tanto y mucho mas los hallarán vacíos y muy querellosos, y ya cuando sobre ello tornar quieren, tantos inconvenientes delante se les ofrecen, que no solamente piensan de dejar lo tomado, mas con mucha dificultad sosiegan, pensando cómo habrán lo que queda, de que grandes peligros muchas veces les ocurren. Que esto sea verdad, las historias antiguas nos lo muestran muy claro, en que se halla ser muy grandes hombres destruidos, desterrados, arrastrados y aun despedazados por su mala codicia, aunque al comienzo, con el gran resplandor de sus riquezas, muy temidos y esforzados se muestren, en lo que yo, si la merced de Dios fuere, no caeré; antes desde agora mando que todas esas joyas se pongan en depósito, para que así ellas como otras muchas de las mias se les tornen á aquellos nobles caballeros. Y de la villa, como quiera que por mí la tomo, haga della Esplandian á su placer, que aquel será el mio; que no solamente aquella merced merece Frandalo, mas otras que yo le haré, como lo veréis cuando sea tiempo; y vos, mi hija, responded á lo que aquel vuestro caballero os ofrece.»

Leonorina, que en tanto que el Emperador esto dijo estaba muy alegre en hablar de aquel por quien tantas angustias su corazón pasaba, pensó que, pues las palabras blandas y graciosas que con la doncella Carmela le envió no tuvieron tanta fuerza que á su presencia lo hiciesen venir, que podría ser que tornándolas al contrario con aspereza y no buen contentamiento, acarrearían que su deseo efecto hubiese; y con corazón muy alegre, y su muy hermoso gesto con fingida saña,

así respondió, diciendo: «Primo Gastiles, como quiera que vos y todos los otros tengais á Esplandian por tan bueno y tan cortés como lo habeis muchas veces dicho, y por mi caballero, y de mi parte me ofrezcais lo que decis, yo lo tengo al contrario; pues que no queriendo hacer lo que su padre le mandó ni lo que el Emperador, mi señor, respondió á su doncella, que fué que luego me viniese á ver, porque su presencia nos diese testimonio si era quito su padre de lo que prometió y no lo ha hecho, antes anda huyendo de mí; digo que no lo debo tener por mio, ni ninguna cosa de lo que darne quiere; y así, os ruego cuanto puedo que luego de vos lo sepa, y crea que hasta que aquí lo veamos no le agradeceré nada de cuanto por mí hiciere.» El Emperador, que así airada la vido, dijo: «¿Cómo, hija mia, así rehusais vos el servicio de tan alto hombre y en el mundo tan señalado?—Si, Señor, dijo ella; que así lo debe hacer el señor al servidor que anda huyendo de su presencia, rehusando de hacer lo que le mandan, pasando ya cerca de tres años.» El Emperador la tomó por los carrillos, riendo de mucha gana, y besándola en la faz, dijo: «Bien parece, hija mia, que vuestro corazón mas es que de mujer, y no sin causa el Señor del mundo permitió que á vos quedase tan alto señorío como yo tengo.» Y volviéndose á Gastiles, le dijo: «Por vuestra fe, sobrino, que luego hagais saber á Esplandian lo que vuestra prima dice, y lo que yo tengo respondido.—Cierto, Señor, dijo él, no tardará por mí, antes luego en una fusta habrá mi mandado.»

Así como habeis oido, quedó aquel pleito por entonces, y Gastiles envió por la mar con sus mensajeros tal recaudo, por donde Esplandian supo todo lo que allí había pasado, de que muy alterado fué. Lo que sobre ello hizo la historia os lo contará adelante, y torna á Esplandian.

## CAPITULO LXXXI.

Cómo, despues de haber reposado Aquesta esforzada breña cuadrilla, Y aquellos que entraron por armas la villa De sus crudas llagas haberse curado, Cerrando la noche, y el tiempo llegado, Salió Esplandian con Frandalo junto, Y otros cuarenta armados á punto, Siguiendo el consejo por Frandalo dado.

Esplandian y los caballeros que en la villa de Alfarin estaban fuéles forzado de reposar, los unos por la gran fatiga que en la mar sufrieron, segun el camino fué muy largo y de muchos dias, y ellos mas por la tierra firme habían acostumbrado de tomar el trabajo que por el agua, y los otros hasta ser sanos de las heridas que en el combate de la villa recibieron; pero á estos en tanto les sucedió que fueron curados por mano de aquel gran maestro Elisabat, que no parece sino que por la permission de Dios les fué dado, que cierto es, segun en las grandes afrentas en aquellas tierras se vieron de sus enemigos, no podían hallar persona alguna que otro remedio á sus males diese, sino en acrecentárselos hasta la muerte; y si este sábio y famoso hombre no tuvieran consigo, muchos dellos pasarán por la cruel muerte; mas viendo Dios su san-

ta y buena intencion, que era mas en querer su santo servicio que en codicia de los temporales bienes, no como algunos, que fingidamente lo hacen, que so color de lo santo y de lo bueno, desean y procuran de alcanzar lo contrario, queriendo cazar con Dios como con las aves y animalías, no solamente les diese este remedio tan grande, tal hombre como este maestro Elisabat, mas otros muchos que en esta historia vos serán contados. Pero pasando ya veinte dias, en que los unos del trabajo y los otros de los lechos fueron libres, tomaron acuerdo con aquel fuerte Frandalo de lo que podian hacer, porque aquel tiempo en vano no se pasase, y ellos satisfaciesen aquel deseo con que de sus tierras habian partido.

Frاندalo les dijo: «Buenos señores, nosotros estamos en parte donde otro remedio no tenemos sino el de nuestros juicios y esfuerzo de nuestros corazones. El primero nos ha de venir y ha de ser alumbrado del Redentor y Señor nuestro. El segundo, como quiera que á él asimismo pertenece, pero tambien á nosotros, que sufriendo grandes miedos, comportando grandes heridas, no habiendo miedo de la muchedumbre de nuestros enemigos, firiéndonos, matándonos con fuertes brazos, hemos de alcanzar la gloria deste mundo y del otro, donde algunos de vosotros me hecistes heredero, dándome la parte, si por mi maldad no la pierdo, que perdida tenia. Así que, mis señores, pues esto que queréis es nuestro oficio, sigámonle tan enteramente y con tal diligencia, que nuestras honras no vengán en pobreza; y aparejad vuestros caballos y armas para esta noche hasta cuarenta caballeros, los que Esplandian señalare, y los otros queden á guardar la villa hasta que venga su tiempo, que yo os pome en tal parte donde seréis contentos, segun los peligros y afrentas son por vosotros deseados y buscados.»

Cuando aquellos caballeros oyeron lo que Frاندalo les dijo, fueron muy contentos de su buen esfuerzo y discrecion, especialmente aquellos que allí llegaron, que dél no tenían otra noticia sino por oidas que Esplandian y los otros ya habian experimentado, á qué bastaba lo uno y lo otro que él podía y sabia hacer; y sin mas le replicar, con mucho placer de sus ánimos, cada uno aderezó aquello que le convenia para el negocio, considerando que aunque los cuerpos, que eran de tierra, la tierra los gozase, las ánimas serian subidas en aquella gloria para que habian sido criadas; y si en las aventuras de la Gran Bretaña, en que se habian criado y pasado mucho de su tiempo, grande esfuerzo tuvieron, teniéndolas ya por vanas y por locura conocida, mucho mas les crecía en estas en que esperaban ponerse; pues venida la hora conveniente, habiendo cenado ellos y sus caballos, Frاندalo hizo cabalgar á Esplandian, que siempre con él posaba, y el su sobrino Belleriz asimismo, cabalgaron y salieron por aquella puerta que ya remediada era de otras nuevas puertas, que la via de la gran ciudad de Tesifante el camino guiaba; y tras ellos salieron los cuarenta caballeros que Norandel, por ruego de Esplandian, habia señalado; y luego las puertas fueron cerradas por los que quedaban rogando á Dios que los guardase, pues en su servicio iban.

## CAPITULO LXXXII.

Cómo Frاندalo, despues de haber avisado á todos de lo que habian de hacer, envió ciertos caballeros con Belleriz, su sobrino, á combatir á Jantinomela, partiéndose él y Esplandian para el valle del Rey á guardar los que de la gran Tesifante en socorro della saliesen.

Guiando Frاندalo estos caballeros, llegaron á la haldada de una montaña, donde hallaron dos caminos, y allí les dijo: «Buenos señores, yo sé que vosotros nacistes y que vos criastes bien todos, ó los mas, en la Gran Bretaña y en otras partes, donde aunque la diversidad de las tierras mucha fuese, pero la ley toda era una; de manera que, con fortuna favorable ó contraria, siempre hallábades reparo á vuestras necesidades; y asimismo la costumbre de vuestras tierras es tal, que mucho mas en particular que en general las cosas y afrentas de las armas habeis pasado; que si no fuesen algunas batallas que de rey á rey han pasado, todo lo demás ha sido aventuras de vos encontrar unos con otros, como caballeros que por estilo teniades de caminar solos, creyendo que mucha mas gloria y esfuerzo aquello vos causaba que andar en compañía de otros; pero acá, buenos señores, no podeis este estilo seguir sin peligro de la muerte; que como nosotros seamos cristianos, y estas tierras con sus moradores sean paganos y enemigos de aquel Señor de quien nosotros servidores somos, cierto es que, así con su ayuda como con nuestro esfuerzo, hemos de poner remedio á nuestra salud, no teniendo esperanza que con la prision alcanzarla podrémos, sino que de fuerza nos conviene morir ó matar, pues que aunque en nosotros alguna piedad se hallase, en nuestros enemigos yo sé que no se hallaria. Júzgo por mí, cuando en aquel tan grande yerro que ellos están yo estaba; y junto con esto, no podeis acá hallar las afrentas conformes á las de vuestras tierras, porque no es semejante el estilo; antes nos conviene acometer lugares grandes y pequeños, segun vuestras fuerzas bastaren para batallar con muchedumbre de caballeros, y asimismo con otras muchas gentes de baja condicion, aquellas que por deshonor, allá donde habeis estado, teniades de poner vuestras espadas en ellos; así que, como la fortuna os ha echado en muy diversas y extrañas tierras, así diversas habeis de seguir las costumbres. Esto digo, mis buenos señores, porque si las cosas que deseais no vos fueren por mí á vuestro placer guiadas, que la culpa dello la atribuyais á lo que ya dicho tengo, mas que á no desear yo la satisfaccion de vuestras voluntades. Y porque me parece, señores, que la noche se nos va sin ningun fructo, comencemos de poner en obra aquello por que fué la causa por donde de la villa de Alfarin vos saqué.» Y tornándose á Belleriz, le dijo: «Buen sobrino, vos habeis sido criado en esta tierra, y así como la sabeis, por ende guiad á Norandel con la mitad desta compañía, tomando á la diestra mano por este camino, y acometed aquel lugar que á vista de Tesifante se muestra, que Jantinomela se llama, y mas sea vuestro acometimiento de gran ruido y alboroto que de otra crueldad, si no hallárades tan gran resistencia que vos la conviniere hacer; la cual yo no espero, segun la cualidad y flaqueza de aquella gente, que, como sabeis, no tienen otro estilo sino romper los campos

y trastornar los céspedes; y yo guiaré á Esplandian con estos otros caballeros por este camino, y me pome en el valle que del Rey se llama, que muy cercano á la ciudad es, lo mas secreto que yo pueda, y cuando por nos fueren oidas vuestras voces, enviaré uno de los míos á la puerta de la ciudad como que es de los contrarios, que demande socorro de parte de los suyos, diciendo cómo los caballeros que tomaron la villa de Alfarin los combaten y los matan; y creo yo que el infante Alforaj enviará luego algunos caballeros para lo remediar; y si así es, ternémos nosotros lugar de ejecutar en ellos nuestras sañas, matando y hiriendo en ellos como en enemigos mortales. Y si por ventura no saliere alguno, llevarémos toda esta gente que aquí estuviere con el despojo á nuestra fortaleza; y pensando en otra cosa que mucho á nuestro salvo hacer podemos, con esta debemos ser por el presente contentos.»

## CAPITULO LXXXIII.

De la batalla fiera que trabaron El buen Belleriz y sus compañeros, Con otros doscientos y mas caballeros, Que medio camino de turcos hallaron; Y cómo esforzados, despues que llegaron Frاندalo y el hijo del rey de Bretaña, Vencida por armas la turca campaña, El gran Alguacil captivo llevaron.

Así como por este caballero fué acordado, se puso todo en obra; que Belleriz, tomando consigo á Norandel y á su compañía, siguió por la via que le fué mandado, y Frاندalo, con Esplandian y los otros caballeros, tomaron el otro camino, con intencion de poner en obra los unos y los otros lo que concertaron; mas de otra manera les acacció, como en las semejantes cosas muchas veces acacer suele; que siendo ya apartados unos de otros alguna pieza de tiempo, pero no de los caminos, siendo la noche asaz clara, que tal la habian escogido, encontró Belleriz con unos peones que, viniéndose hácia la ciudad, pasaban por otro camino que el suyo atravesaba; y como los vido, luego salió solo á ellos, y hablándoles en su lenguaje, les dijo: «Amigos, ¿dónde vais?—Vamos, dijeron ellos, á la villa de Falandia.—Pues nosotros de allí somos, dijo Belleriz, y vamos á nuestro señor el Infante á le hacer saber cómo los canes cristianos que tomaron á Alfarin, há dos dias que son salidos á hacer mal por esta tierra, y que si nos da mas gente de la que aquí venimos, los tomaremos todos á nuestro salvo, segun en la parte que los dejamos.—Y ¿quién sois vos? dijeron ellos.—Yo soy, dijo él, Rosan, el sobrino del Gobernador.—Vos seais, dijeron ellos, bien venido, y pues que así es, queremos que seais alegre. Sabed que aquí tras nosotros viene el Alguacil mayor con doscientos de caballo, que por mandado del Infante va á esta villa de Falandia y á las otras todas, que las haga estar á recaudo, porque no acaezca lo que de Alfarin fué; y con él vos podeis juntar y hacer esto que decis, porque con los suyos y los que ahí venis, y los que él podrá sacar, se cumplirá vuestro deseo.—Plega á los dioses, dijo Belleriz, de vos dar aquella alegría que yo deseo, y al Alguacil asimismo la victoria.»

Entonces los dejó ir su camino, y tornando á Noran-

del, se lo contó todo. Cuando ellos esto oyeron, como quiera que los contrarios muchos les pareciesen, no perdieron aquel su grande esfuerzo que siempre habian tenido, y tomando sus yelmos y escudos y lanzas, se pusieron en lugar donde los enemigos no los pudiesen ver, hasta que dellos pudiesen ser acometidos. Frاندalo, que, como ya se os dijo, iba por el otro camino con Esplandian y su compañía, anduvieron tanto hasta que se pusieron en el valle del Rey, aguardando cuando oirian la revuelta de los suyos. Pues así estando, llegó el Alguacil mayor, que era muy buen caballero, con los docientos caballeros que os dijimos, muy bien á punto, que como él fuese gran guerrero, y dello mucho se preciase, y despues del Rey y del Infante, él tenia la mas honra y mando en aquel señorío, procuraba siempre tener muy buena gente de guerra y bien armados, y cierto tales eran aquellos que él á la sazón llevaba; y como los cristianos los vieron cerca, salieron con gran denuedo y al mas andar de sus caballos, muy juntos y cubiertos de sus escudos, á los herir; y de los primeros encuentros derribaron dellos hasta diez, que los mas murieron luego, y pusieron al Alguacil y á todos los otros en gran sobresalto; pero luego fueron recogidos, y viendo cuán pocos eran, y que los habian pasado de la otra parte de los primeros encuentros, conociendo, por las armas y sobreseñales de los caballeros, que eran cristianos, dió el Alguacil grandes voces que los acometiesen y no quedase hombre á vida. Los turcos, dando muy grandes alaridos, los fueron á herir, yendo su caudillo delante, como esforzado caballero.

Mas Norandel, que delante los suyos estaba, y con él Gavarte del Val Temeroso y Enil, salió para él con la espada en la mano, y el Alguacil le encontró tan recio, que el escudo fué falsado y la briga, y hirióle algo en el brazo; mas Norandel le dió al pasar de toda su fuerza por encima del yelmo tan fuerte golpe, que perdiendo las estriberas, no se pudo tener en el caballo, y cayó en el suelo sin sentido alguno; y así hicieron Gavarte y Enil á otros dos que con él venian y los derribaron; mas la muchedumbre de la gente fué tanta y tan grande, que así con los encuentros como con la fuerza de los caballos derribaron dellos cuatro, y los otros quedaron como desacordados. Mas como todos fuesen tan escogidos y tan esforzados, y vieron á sus compañeros en el suelo, tornaron sobre sí, y juntos se pusieron cabe ellos, hiriendo y matando tan crudamente en los turcos, que no osaban á ellos llegar; y los cuatro caballeros que á pié estaban, aunque fueron malparados de las caidas y de las topadas de los caballos, viéndose en el peligro de la muerte, quisieron vender muy caro sus vidas, y con las espadas no hacían sino dar en los caballos, cortando piernas y brazos, y dar con los señores en el suelo. Y como quiera que así estos como los otros que quedaron en los caballos hicieron maravillas, no era tanto su poder, que, si Dios no los socorriera, pudieran escapar de ser muertos; porque ya ellos y sus caballos andaban heridos, y los turcos eran muchos, y no les hacían muy gran mengua los que dellos faltaban, y con grandes voces y gritos los acomelian tan bravamente, que los diez dellos eran fuera de las sillas, y los otros, aunque hasta la muerte peleasen por se defender, no tenían

resistencia en sus fuerzas, ni esfuerzo de corazones.

Pues en este tiempo que, como dijimos, Frandalo y sus compañeros estaban en el valle del Rey, oyeron luego las voces primeras que se dieron, y Frandalo, así como era acordado, envió un escudero suyo á los que la puerta de la ciudad velaban, y díjoles: «Amigos, yo vengo de Jantinomela, donde se dan aquellas voces, y sabed que la gente que tomó á Alfarin la combaten, y matan los que pueden, y son muy pocos; decidlo al Infante nuestro señor, que los mande socorrer, que aunque no vayan sino cincuenta caballeros con los otros hombres del lugar, no dejarán ninguno dellos á vida.» Las guardas, que las gritas y alaridos oían, maravillados qué cosa fuese, cuando le oyeron, dijéronle: «Amigo, no será menester que el Infante lo sepa, porque el su alguacil mayor, con docientos caballeros, partió agora de aquí, y casi lleva la vía de ese lugar, y él estará ya envuelto con ellos; y vos, pues que á caballo estáis, seguid ese rastro por donde nuestra gente fué, y si no lo supiere, avisadle dello; que aquel es el socorro que mejor y mas presto se les puede hacer, pues que en el campo y armados se hallan.»

Cuando esto fué oído por el escudero de Frandalo puso las espuelas á su caballo cuanto mas pudo, temiendo lo que era, y llegando al valle del Rey, díjoles aquellas nuevas, y luego creyeron que con ellos era la lid. Temiendo de los haber perdido, salieron del valle á gran priesa, llevando la guía Frandalo, que muchas veces por aquella tierra había andado; y anduvieron tanto y con tanta priesa, que cuando los turcos tenían ya á los caballeros para los matar, y ellos con grande esfuerzo se defendían, no teniendo remedio alguno; y si alguno tuvieron, fué que el Alguacil, tornando en su caballo, puesto por los suyos en él, viendo que en los cristianos no había casi ninguna defensa, mandaba que se los tomasen todos vivos, para se los presentar al Infante su señor, y mas á la infanta Heliaja, con que pudiese pagar algo del servicio que le habían hecho, como ya oistes; y á esta sazón llegaron Esplandian y los otros suyos con tanta braveza y con tanta saña, que no solamente aquellos, que mas de ciento y cincuenta eran, mas aunque fuera todo el poder de los turcos, los pensarán á todos destruir y despedazar. Y en su llegada fueron muchos de los paganos por el suelo. Pero las maravillas que Esplandian, viendo sus compañeros tan maltratados, hacia, no se vos pueden en ninguna manera contar, porque siendo tan extrañas y tan fuera de razón, muy extraño y grave sería crearlas. ¿Qué vos diré? Como el Alguacil fuese esforzado y valiente en armas, y muchas veces se hubiese visto en semejantes lides, aunque no con tales caballeros, y le quedase mucha compañía, esforzaba á los suyos con la espada en la mano, y juntábalos cuanto podia, y daba en sus enemigos reciamente; mas como los otros llegasen de refresco y señalados, cada vez que querían los hacían dos partes, quedando en el suelo todos los mas que delante sí tomaban. Así que, en el cabo, viendo Esplandian cómo se mantenían contra ellos, y que aquel su caudillo que los esforzaba era la causa, fué para él, y dióle tal golpe, pensando darle en la cabeza, y el otro alzó el escudo, que se lo hendió por medio, y descendió

la espada hasta la aguja del caballo, y cortóle hasta los pechos. Así que, muy poco faltó que no lo hizo dos partes, y el caballo cayó luego muerto, y tomó debajo á su señor.

Cuando los turcos vieron tal golpe, y á su caudillo muerto, que así lo pensaron, fueron muy desmayados, y en tanta flaqueza puestos, que los que á caballo se hallaron comenzaron á huir, que sabían la tierra, y los de pié demandaban merced. Cuando Esplandian así lo vió vencidos y muertos, aunque la soberbia y la causa en aquel caso mucho lo enseñorease, considerando que en las semejantes afrentas muchas veces, así como la fortuna era favorable, otras mudándose, sucedía lo contrario, y que la merced que aquellos pedían podrían pedir algunos de los de su parte, mandó que, cesando las muertes, las vidas se les otorgasen á los que las tenían. Pero aquel Frandalo, que desde que supo tomar armas hasta entonces muchas afrentas, así en la mar como en la tierra, había pasado, que, como la historia vos contó, eran diferentes de las que aquellos caballeros pasado habían, porque las dellos casi como desafiados de unos por otros se hacían, y las suyas á manera de guerra guerreada, á las veces entre pocos, y otras en gran número, quiso, como en esto mas astuto y sábio, poner el remedio que convenia para que aquel vencimiento que había hecho no se turbase con algun contrario revés. Que viendo cómo el día se acercaba, y que sabiendo el infante Alforaj lo que pasó por aquellos que de la lid huyeron, enviaria mucho socorro, y que siendo ellos tan pocos, y todos los mas heridos, pasarían peligro de muerte ó prision, por donde parecería que su consejo había sido mas de loco que de persona que de aquel ejercicio supiese, llamó luego al escudero, que con las velas de la ciudad había hablado, y díjole: «Amigo, cumple que á mas andar de tu rocín, te vayas á la puerta de la ciudad donde antes te envié; y di á las guardas que el Alguacil mayor te envía á que hagan saber al Infante cómo él ha desbaratado á los cristianos y muerto muchos dellos, y otros que tiene presos, los cuales le llevarán atados cuando ponga recaudo en los heridos que de su parte hubo, que no fueron pocos, porque halló gran resistencia en los contrarios, y que asimismo dígas al Infante que algunos de los suyos allá han acudido á decir otras nuevas, que los mande castigar cruelmente porque le huyeron de la batalla. Y dicho esto, tomarás el camino de la villa de Alfarin, que allí nosotros acudirémos, si pluguiere á Dios.»

Oído esto por el escudero, puso las espuelas á su caballo, y cuando á la puerta llegó andaba por la ciudad grande alboroto y priesa en las gentes para socorrer al Alguacil mayor; que parece ser que los caballeros que de la batalla huyeron acudieron allí algunos y dijeron cómo el Alguacil y la gente eran muertos y heridos, y que ellos habían escapado á gran dicha; y con esta nueva mandó el infante Alforaj que luego fuesen socorridos; mas aquel escudero les dijo: «Amigos, yo soy el hombre que de ante os hablé, pidiendo socorro, y fui, como me dijistes, tras el Alguacil mayor y su gente; sabed que ha desbaratado á los cristianos y muerto muchos dellos, y los otros tiene presos.» Y con esto les dijo todo lo que

Frandalo le mandó, como ya oistes, y que lo hiciesen saber al Infante. Cuando las velas esto oyeron, corrieron con gran placer á los palacios y contáronlo al Infante, de que fué muy alegre, y mandó desarmar la gente, que no saliese ninguno de la ciudad, pues que su alguacil había habido tan gran victoria; que bien creía que los muertos y presos serían de los mejores, pues que tal atrevimiento hicieron en osar venir tan cerca donde él estaba, y en ciudad de tanta gente.

## CAPITULO LXXXIV.

De cómo, vencidos los docientos caballeros y preso el Alguacil mayor, Esplandian con todos los suyos, adestrándolos Frandalo, por camino seguro á la villa de Alfarin volvieron.

Esta manera que habeis oído, por el seso y sabiduría de aquel fuerte Frandalo, no solamente fué aquella gente vencida y destrozada, mas así Esplandian como todos los otros sus compañeros se salvaron; que cierto, si por esta cautela no fuera, segun ellos estaban muy lejos de la villa de Alfarin, y habían quedado maltratados de la batalla, y la mañana que va les esclarecía, no pudieran escapar de ser perdidos por ninguna manera; que tanta gente salía contra ellos para los matar, que aunque fueran diez tantos, no pudieran excusarse de la muerte. Bien se podría aquí decir que en aquella compañía de caballeros había muchos que en bondad de armas serían iguales de Frandalo, y otros que en gran parte le sobrasen. Pero ni los unos ni los otros no se le deben igualar en este caso, porque la osadía, por grande que sea, sin ser gobernada de la sábia discrecion y cuidado, en lo que tener lo deben muchas veces, es convertida en locura ó necedad, y tanto mas lo es, cuanto el afrenta mayor fuere. Así que, á mi parecer, sería este ejemplo para los reyes y grandes hombres que tienen mano y mando sobre muchas gentes, que debrian dar y encomendar los cargos á aquellos que de mayor suficiencia se hallasen para los regir y gobernar; y señaladamente sobre todo en aquello que á la guerra y afrentas toca; no mirando á deudos ni á privados, ni á grandeza de estado, ni á cargos de servicios, ni á los que han adquirido las riquezas, ni á otros con quien mucha afición tengan; mas aquellos en quien sientan esfuerzo, diligencia, cuidado y sabiduría de las afrentas que por ellos hayan pasado, y por experiencias sepan casi adivinar en lo que aun por venir estuviese; porque si la contraria y movable fortuna les ocurriese se conozca por todos ser mas en culpa la su mudanza y fuerte condicion, que en haber ellos dejado de seguir aquello que la verdad y razon les obliga.

Pues tornando al propósito, digo que siendo por Esplandian mandado que los vivos no muriesen, y por Frandalo puesto el remedio que oistes, acordaron, llevando consigo aquel caballero alguacil mayor preso, de se tornar á Alfarin, no por el camino que allí vinieron, sino por otro que Frandalo les mostró, que aunque muy áspero de caminar lo hallaron, por mucho mas seguro lo tenían. Y así anduvieron hasta el mediodía por lo mas espeso de la montaña, y llegaron á una ribera de agua dulce, donde poniendo algunos de su compañía por atalayas para descubrir los que viniesen, reposaron y comieron de lo que sus escuderos les

traían, y los caballos de la yerba verde. Y siendo algo remediado su trabajo y sus heridas con aquellas cosas con que muchas veces se curaban y les traían sus sirvientes, tornaron á su camino, y anduvieron tanto, que en poniéndose el sol entraron por la puerta de la villa.

Mas ahora deja la historia de hablar mas en esto, habiendo piedad destes dos amantes, por haceros saber en qué manera la fortuna los juntó, para que se viesen, y quedasen en muy mayor encendimiento que de antes.

## CAPITULO LXXXV.

Como el autor la pluma tendiese  
Por hechos heróicos y grandes señores,  
Forzóle Cupido que á cosas de amores,  
Dejadas las armas, la mano volviese;  
Y en el largo estilo penando, díjese  
De cómo fortuna quiso juntar  
Estos amantes, sin mas dilatar,  
Antes que el uno por el otro muriese.

Gran razon es que la historia, dejando por alguna pieza de tiempo en silencio y olvido las cosas de las armas, y todo lo que aquellos caballeros arriba nombrados querían emprender contra aquellos infieles, enemigos de la santa fe de Jesucristo, recuente el remedio que la fortuna quiso poner á estos dos amantes, Esplandian y la hermosa Leonorina, hija de aquel grande emperador, habiendo piedad de sus cuitas, de sus mortales deseos, de aquellas infinitas lágrimas que sus tribulados, captivos y sojuzgados corazones continuo derribaban, así porque, dejándolos mas padecer, su crueldad sin medida parecía, como porque, en las mismas lágrimas convertidos, deste mundo sin algun descanso ó refrigerio no pasasen. Pero, como quiera que con esta piedad á sus grandes deseos algo satisficiesen, quisoles poner tal impedimento, que no solamente sus muy ardientes corazones en algo no se resfriaron, mas con muy mayor fuerza de fuego sus muy encendidas y grandes llamas fueron augmentadas, como ahora oiréis.

## CAPITULO LXXXVI.

De la alteracion que Esplandian sintió, sabida por los mensajeros de Gástiles la sañosa respuesta de la infanta Leonorina, y del remedio que la doncella Carmela le da.

Contado se os ha cómo Gástiles, sobrino del emperador de Constantinopla, envió sus mensajeros á Esplandian, haciéndole saber la graciosa respuesta de su tío, y la sañosa de su prima la infanta Leonorina; los cuales llegaron á la villa de Alfarin al tiempo que aquellos caballeros allí fueron con el vencimiento de sus enemigos, y con el gran señor y caudillo Alguacil mayor, que preso tenían. Pues siendo ya en sus posadas reposados, y curados por la mano del maestro Elisabat, entraron los mensajeros en la posada de Esplandian, y donde él había posado con el rey de Dacia y su doncella Carmela, allí le dieron las cartas que traían. La doncella, que la embajada vió, sabiendo de la parte donde venía, temiendo la mudanza que á Esplandian le podría ocurrir, así de gozo como de lo contrario, dijo antes que Esplandian respondiese: «Amigos, id á holgar á vuestras posadas; que yo os llevaré la respuesta.» Pues idos los mensajeros, Esplandian leyó las cartas;

mas cuando por ellas vió la respuesta de su señora, perdió súbitamente la color, creyendo que toda su esperanza, que su doncella le había puesto, era en vano, y no pudiendo sostener los brazos, se le cayeron hasta ser puestas las manos en sus rodillas. La doncella, que los ojos dél no partía, y vido aquella mudanza y alteración tan grande que Esplandian tan súbitamente en sí había mostrado, llegóse luego á él, diciendo: «Mi señor, ¿qué es eso? Qué nueva os ha turbado? cierto creo yo que ninguna pudo tanta fuerza tener, que vuestro bravo y fuerte corazón en flaqueza pusiese, sino es de aquella contra la cual ninguna fuerza ni valentía puede resistir. Decídmelo, Señor; que quien en la primera y dulce esperanza vos puso, aquella dará el remedio para la sostener y hacer verdadera.» Esplandian le dijo: «Mi doncella y mi amiga, leed estas cartas, y ellas os mostrarán la causa de mi desventura.»

La doncella tomó las cartas, y cuando vido la respuesta sañosa de la Infanta, comenzó á reír, y dijo: «La diferencia que es entre el amor de vosotros y nosotras es muy grande; que los hombres por la mayor parte, aquello que en sus corazones sienten y tienen sin otra encubierta, sin otra maña y cautela, en el gesto y en sus hablas lo demuestran, y aun muchas veces mucho mas. Lo que nosotras no hacemos; que aunque la voluntad, siguiendo las fatigas que el corazón siente y pasa, alguna cosa querria el semblante lo que la palabra muestra denegar; y esto no lo digo que por engaño se haga, mas por aquella gran diversidad que las costumbres del mundo pusieron entre las honras de los unos y de los otros; que aquella gloria que los hombres alcanzaban en poner sus pensamientos en amar las personas de mas alto estado, siendo á todos manifiesto, aquella se torna en deshonra y escuridad de las mujeres, si dellas fuese publicado; y por esta causa, con causa muy justa nos conviene negar lo que deseamos. Aunque por mí no se debria tomar, ni esta razon caber podria; que si alguna alegría mi corazón siente, no es sino querer que fuese publicado por todo el mundo aquel amor irreparable que yo, mi señor, os tengo. Pero el justo remedio que por mí y en mi favor hace, es la mi bajeza y la grandeza vuestra, lo que no cabe cuando las personas se pueden juzgar en igual grado; así que, esto que vuestra señora responde, esto es lo que vuestro corazón con muy ardiente afición desea, que es verse junto con aquel que de aquella herida, de aquellos muy mortales y grandes deseos es, como él, herido y atormentado. Por esto, mi buen señor, conviene que, dejando todo lo restante, os dispongais á la ver; que si por oídas os tiene aquel sobrado amor que ya os dije, mucho mas lo será crecido con vuestra presencia, con la cual aun vuestros enemigos en la ver deleite sienten; pues ¿cuánto mas lo harán aquellos que con grande amor y afición la miraren?»

## CAPITULO LXXXVII.

Cómo Garinto habló  
Al caballero esforzado,  
Y cómo le consoló  
Cuándo tan triste le vió  
Y de sí mesmo olvidado;  
Y cómo de larga ausencia  
Olvidanza siempre resta,  
Y al contrario de presencia,  
Segun muestra la licencia  
De la reina Clitenestra.

Acabada la doncella su razon, el rey de Dacia dijo: «Mi buen señor, bien os dice la doncella: vos venistes por mandado de vuestro padre á servir esta infanta, y no por voluntad tan solamente, mas por deuda que le debía, por las grandes honras y mercedes que ella le hizo; y así se lo hicistes saber. Enviós á mandar que la viésedes, todas cosas dejando, porque queria ver si aquello que vuestro padre era obligado, vuestra persona lo podia satisfacer; no lo habeis hecho, excusándoos con disculpas, mas para caballeros que conformes á la voluntad de doncellas; y tenéis por extraño esto que ha respondido. Bien parece ser fuera de vuestra memoria cuán livianamente los encendidos y verdaderos amores de las mujeres con la ausencia son olvidados y trocados. Pues ¿qué será de aquellos que aun ningun cimiento tienen sobre que firmeza ni seguridad deban tener, como son estos vuestros? Acuérdeseos de aquella muy hermosa Brazaida, cuántas lágrimas, cuántos dolores y cuántas angustias mostró al su muy amado y muy esforzado caballero el troyano Troilo la noche antes que de fuerza le convino ser dél apartada; y cómo el mismo dia siguiente, en tan poco espacio de tiempo y de camino, que no pasaron tres horas antes que al real de los griegos llegase, fué enamorada de aquel Diomedes, rey de Tracia; y en señal de parecer que la su libertad le era sujeta, le dió ella una alba de las sus hermosas manos; y de aquella reina Clitenestra, que no solamente la ausencia de su marido fué causa de su gran maleficio que le hizo, mas aun lo fué de le quitar la cabeza con aquella descabezada vestidura. Digo aquella cabeza que en tanta discrecion sostuvo, que bastó para mandar diez años los mas y los mayores reyes y príncipes del mundo. Otras muchas os podria traer por ejemplo, que por no poner en duda la bondad y lealtad de aquellas que la alcanzaron y la perdieron, antes por ella murieron, se dejarán de recontar; solamente, mi buen señor, os diré que la presencia de los que mucho se aman, especialmente de la vuestra tan señalada en el mundo, la gloriosa habla, los amorosos autos, aun siendo fingidos, escalfentan los amores tibios y resfriados. Pues mirad qué fuerza pueden tener aquellos que de muy ardiente deseo son inflamados y encendidos.—Oh rey de Dacia, dijo Esplandian, todo lo que me dices conozco yo ser verdadero; mas ¿qué haré? Que la alteza y gran hermosura desta infanta tengo yo en mi pensamiento en tan alto grado, que aunque por mi sola persona todo el mundo sojuzgado hubiese, no me ternia por digno de ante ella parecer.—Pues que así es, dijo el Rey, olvidadla, y tomad otra de muy grande estado, que de rodillas os pedirán y servirán.—Eso no puede ser, dijo Esplandian,

dian, así porque imposible seria, como porque yo, perdiendo su memoria, seria olvidado y puestas mis cosas debajo de tierra.—Pues haced, dijo el Rey, lo que os aconsejamos.—Yo lo haré, dijo Esplandian, y no por mi juicio, que no lo alcanzo, mas por el de vosotros, como lo ordenáredes.» El Rey le dijo: «Yo ternia por bueno que hablando con estos caballeros, y dejándolos encomendados á vuestro tio Norandel y á Frandalo, para que procuren de hacer mal y daño á estos infieles, como comenzado está, os vais, en esta fusta que ellos trujeron, á la montaña Defendida, y lleveis á Gandalin y á Eoil, que son criados de vuestro padre y de quien sin recelo os podeis fiar, y á mí y á esta vuestra doncella; y allí llegados, tomáremos el acuerdo que conviene; y á estos mensajeros de Gastiles dadles una carta en que le agradeceis mucho la memoria que de lo que le encomendastes tuvo, y que él bese las manos por vos y por nos al Emperador, y en lo de la infanta Leonorina, que vos enviaréis allá un mensajero que sepa de su merced lo que manda y mas su servicio es, y que aquello pornéis luego en obra.—Pues que esto tenéis por bien, dijo Esplandian, así se haga, y Dios por su misericordia lo enderece; que creed, mi señor, que si remedio para su saña no se hallare, que para excusarme la muerte no os pongais en cuidado de lo buscar.»

## CAPITULO LXXXVIII.

Cómo la gran tormenta de la mar hizo á Esplandian aportar, despues de diez dias, al pié de la peña de la Doncella Encantadora; el cual de la villa de Alfarin para la montaña Defendida habia partido.

En este acuerdo que habeis oido quedó aquella habla, y Esplandian, hablando con aquellos caballeros y despachando los mensajeros de Gastiles, como lo habian acordado, tomando los marineros que le guiasen, se metió con aquella compañía en la mar, y con mucho deseo de los que quedaban y de los que iban, causándole el verdadero amor que el Señor muy poderoso en ellos habia puesto, partieron de aquel puerto de Alfarin, con voluntad de llegar á la montaña Defendida; pero de otra manera y forma les avino. Que la fortuna, queriendo guiar á este caballero, así como lo suele hacer con aquellos que ensalzar y alegrar quiere, descubriendo aquellas cosas que nunca fueron pensadas, dando lugar y causas á que pensadas por las personas sean; habiendo ya navegado por la mar todo aquel dia y gran pieza de la noche, súbitamente el próspero y seguro tiempo fué revuelto y trabucado con un viento sin medida, de forma que los mareantes, perdida su sabiduría y esperanza de la cobrar, dejaron lugar á la ventura que la nave guiase donde mas le pluguiese. Esta tormenta fué en tanto grado crecida, que muchas veces fueron en punto de ser anegados, teniendo por imposible que con tal afrenta las vidas les quedasen. Allí eran prometidas las devotas romerías, allí eran los hijos hincados, allí las manos hacia el cielo, demandando misericordia. Mas ni por todo esto, siempre los vientos y la tormenta en gran cantidad mas aumentados no dejaban de ser.

Aquel esforzado Esplandian, que engendrado fué á

la sazon que de aquella peña Pobre su famoso padre, con tanta cuita, con tanto dolor y amargura de su ánimo, por mandado de su muy amada señora Oriana, salió, y con tanta gloria y buena ventura, antes que la viese, vencido en batalla á aquel esforzado don Cuadrante; venció los diez caballeros de la infanta Leonoreta, hija del gran rey Lisuarte; venció aquellos espantables y en todo el mundo dudados jayanes, Famongomadan, y Basagante, su hijo; y asimesmo su nacimiento y crianza habia sido tan extraña, y sobre todas las grandes adivinanzas en su gran loor dadas por la gran sabidora Urganda y por la doncella Encantadora; no solamente iba él con aquella cruel fuerza de los vientos y peligrosa tormenta consolado, mas aun consolaba á la doncella y al rey de Dacia, y á los otros caballeros y hombres de servicio, diciéndoles: «Mis amigos, si esta tan grande afrenta en que sois, á vosotros solos viniese, cierto, con mucha razon, mas por muertos que vivos os debriades tener. Mas siendo yo presente, que para semejantes cosas fui nacido, y para muy mayores miedos fui armado caballero, no temais; que no solamente aquel muy alto Señor porná remedio á esto en que somos, mas aun permitirá que en doblada alegría se nos torne; que sin estos semejantes espantos, y otros mas crecidos, no puedo yo llegar á la alteza de gloria y prez de armas, segun que las cosas dichas de mí se esperan. Y puesto caso que en este medio tiempo la vida me sea quitada, quito seré yo de culpa, y aun aquellos que de mí hablaron, pues que el poder del muy alto Señor es sobre todo.»

Pues así hablando Esplandian con ellos, y ellos encomendándose á Dios, la fusta navegando sin gobernarle alguno, no sabiendo la parte en que estaban, ni el viaje que llevaban, en cabo de diez dias, que sin que persona encontrasen que por la brava mar anduviese, ni ver tierra á ninguna parte, se hallaron, casi á la media noche, al pié de la peña de la Doncella Encantadora, la cual luego por Esplandian y Gandalin y Sargil fué conocida. Pues allí la nave llegada, saltaron en tierra los caballeros, y por las cadenas la prendieron, porque la fuerza del agua no se la llevase.

## CAPITULO LXXXIX.

Cómo Esplandian y sus compañeros subieron á la peña de la Doncella Encantadora, y de las cosas que hasta llegar á sus grandes palacios les acaecieron.

Mucho fué consolado Esplandian y aquellos caballeros en ser así guaridos de tal peligro; pero muy mas fueron espantados de una cosa extraña que oyeron, y esto fué, que encima de la alta peña sonaban los mayores y fuertes bramidos y mas espantables que jamás de ninguna cosa hubieron oido, tanto, que toda la peña parecia que hacia estremecer. Oido esto por Esplandian, teniendo en la memoria aquella profecía que en el réculo del leon era escrita; creyendo que, pues la fortuna allí le habia guiado, que entonces era permitido que se cumpliese, dijo con grande alegría de su ánimo en una voz alta: «¡Ay santa Maria, valéme! que llegado es el tiempo que yo tanto he deseado, y si pluguiere á Dios, ahora comenzarán mis lágrimas, mis mortales deseos de haber algun reposo.» Cuando el rey